



LA BELLISIMA MARTHA EGGERTH, QUE INTERPRETA DELICIOSAMENTE EL NOTABLE FILM «UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER», DE EXCLUSIVAS HUET

JOHNNY WEISMULLER, ANTIGUO CAMPEON DE NATACION DE LOS JUEGOS OLIMPICOS Y HOY ARTISTA DE CINE. LE ACOMPAÑA ELEANOR HOLMS, QUE HA REPRESENTADO A LOS ESTADOS UNIDOS EN LAS ULTIMAS OLIMPIADAS



Los actores cinematograficos son, muchos de ellos, personas de una cultura refinada. He aqui a Jean Hersholt, el notable actor, entregado en cuerpo y alma a la dificil labor de trasladar al lienzo, con sus pinceles, el paisaje que contemplan sus ojos



He aquí una escena de «Carceleras», cuyos personajes son Raquel Rodrigo y Pedro S. Terol. Es uno de los primeros intentos de películas habladas en español que se han rodado en nuestro País. José Butch la ha dirigido

En realidad, quisiera saber si queda otro recurso que divagar a más y mejor. Ante una realidad que se anuncia de lo más desolador y triste, lo mejor es echar los sueños en marcha y divagar.

Son muchos los que se están haciendo la misma pregunta y con creciente interés:

¿Cómo terminará el cine? ¿Qué final presenciaremos del séptimo arte, que hemos visto tan esplendoroso y que actualmente está decayendo de una forma tan extraordinaria? Y sobre todo, ¿por qué causas decae? ¿Tiene la culpa de ello la sonoridad?

Con toda certidumbre, que si se hiciese una encuesta sobre el particular, se formarían dos bandos, uno a favor y otro en contra.

El problema, pues, no existe por este lado hasta cierto punto. Lo más verisímil es que la crisis mundial que afecta todos los artes e industrias, y el cine es arte e industria a la vez, afecta poderosamente todas las empresas que hasta la fecha han sido productoras de obras magníficas y que en la actualidad sólo producen mediocridades. ¡Y lo peor es que están contentos!

Cómo se resolverá esta crisis que amenaza destruir los más sólidos cimientos de la cinematografía, es algo que resulta aventurado predecir.

No se sabe de momento, y sólo podemos dar por sentado que en lugar

de tomar el cine preponderancia sobre el teatro—como ya ocurría—, sucederá todo lo contrario, faltando a toda lógica y a todas las esperanzas de los admiradores de este maltratado arte.

Es ciertísimo que la película sonora ha encumbrado valores cinematográficos muy dudosos, mientras que ha dejado hundir valores positivos, pero ha habido también una serie de revelaciones indudables que han equilibrado satisfactoriamente la balanza.

¿Sería, pues, el momento de pensar seriamente en organizar la cinematografía española?

Artistas no faltarían, con seguridad, puesto que hemos visto muchos y muchos que han triunfado en Hollywood y que aquí no pasaban de mediocridades.

¿Capital? Quizá es el punto más dificultoso, por la sencilla razón de que no hay confianza, y por lo tanto, no hay capital.

España sería el país ideal, indicadísimo por todos sus aspectos para empezar una nueva era cinematográfica, pero a base, desde luego, de auxilios extranjeros.

No queremos negar que hay aquí buenos directores, pero les falta algo, el no sé qué que aprenderían en corto plazo al lado de un Lubitsch o de un Cecil de Mille, por ejemplo. Y todo lo demás por el estilo. Aprendizaje que nada tendría

de deshonroso, muy al contrario, y que quizás daría por resultado el que en España y en todos los países de habla hispana se proyectaran buenas películas, a las que la crisis podría afectar poco. Buena fotografía, buen cameraman y director, y nuestra cinematografía sería ideal. Desde luego, a base de un estilo internacionalista, puesto que ya hemos visto, desgraciadamente, que en España todas las películas han de tener un sello tan marcadamente regional, que las perjudica en una forma extraordinaria, puesto que limita sensiblemente los lugares de proyección.

Mucho se ha hablado de este proyecto que en realidad sería ideal. Pero resultará difícil verlo cumplido. Hay que recordar tan sólo las fracasadas gestiones de una empresa norteamericana que quería emprender la obra con entusiasmo y que hubiese transformado una de nuestras capitales en un segundo Hollywood.

Esperemos, sin embargo, que el tiempo obrará favorablemente, y que llegará un día en que podremos exhibir películas nuestras, con artistas nuestros, y llegaremos a seleccionar con toda facilidad las que manden las empresas extranjeras, en lugar de contentarnos, como sucede actualmente, con lo buena y lo malo.

E.



Jean Harlow, cuyo curioso incidente en su ingreso a la cinematografía, demuestra hasta qué punto interviene el azar en la carrera de los artistas

La muerte de un emperador, en regiones remotas, hizo que girase la rueda de la fortuna empujando a un hombre a la fama en el cine.

Un payaso de cine enseñó a cierto joven adiestrador de elefantes unos pasos de baile, lanzando así al mozalbete en una carrera donde se ha convertido en una de las estrellas de mayor magnitud en nuestros días.

Una tímida muchacha extra tuvo un acceso de tos en momentos en que el director explicaba una escena, y luego se ruborizó intensamente cuando él miró hacia su lado. Tal fue la causa de que sea hoy una estrella famosa.

Esto no es fábula. Son episodios reales en la vida y la carrera de Lewis Stone, Wallace Beery y Jean Harlow. Muchos otros artistas distinguidos de ambos sexos pueden referir incidentes semejantes.

Algunas de estas historias son tan curiosas como la del graznido de los gansos que salvó a Roma de los galos, o la fábula del ratón y el león.

He aquí, por ejemplo, la historia del emperador que, con su fallecimiento, hizo que un hombre a quien jamás había visto, se dedicase al cine.

Lewis Stone era un joven oficial que, al terminar la guerra de la independencia de Cuba, estaba a punto de ser dado de baja en el ejército.

Stone se echó a buscar trabajo en Los Angeles, donde había actuado en compañías de la legua antes de ingresar en el ejército.

Dió la casualidad de que cerca del Hotel Alexandra encontrara al general Homer Lee, brillante estratega y figura meteórica en la política internacional, que andaba por entonces contratando oficiales. Ocurrió que el joven emperador de la China solicitaba militares norteamericanos para instruir a su ejército en los métodos modernos. Ofrecía buena paga, y Stone aceptó inmediatamente un nombramiento de mayor en la caballería china.

Luego, murió el joven emperador. La emperatriz madre no creía en

ejércitos a la moderna. Los hombres enmascarados, que asustan a los demonios domésticos haciendo estallar cohetes, podían asimismo batirselas con los ejércitos extranjeros. ¿Para qué tener «fan quai» (diablos extranjeros) como oficiales para enseñarles nuevas tretas?

Y así fue que Stone hubo de abandonar el ejército chino y buscarse trabajo como actor. Atrájole de nuevo el arte del cine, y la pantalla ganó un actor, mientras China perdía casi tanto como un ejército.

Cierto mozo alto y flaco, adiestrador de elefantes, miraba a un payaso ensayar ciertos pasos de baile en el aserrín que cubría el suelo.

—Se necesita ser muy ligero de pies para hacer eso—observó revolviendo su gancho meditativamente.

—No lo creas. Haz la prueba—sugirió el clown.

Enseñó al mozalbete la técnica del zapateado, y éste descubrió que no era tan difícil, después de todo. El adiestrador de elefantes era Wallace Beery. Cuano terminaron las funciones de circo. Wally era un buen bailarín, y se consiguió empleo con una compañía de comedias musicales. Más tarde desempeñó algunos papeles, entre ellos el de criada en una comedia de la vieja compañía Essena. Y más tarde entró en el cine.

Luego, Jean Harlow. Jean era una tímida muchachita de Canadá, que trabajaba como «extra» en una película. El director explicaba algo a un grupo de muchachas, cuando Jean le interrumpió con su tos. El director la miró, y la chica enrojeció, como hemos dicho.

El director la había notado, sin embargo. Le dió una parte insignificante en una película, ella la desempeñó lo mejor que pudo y hoy reina en los estudios como estrella de muchísimas notables producciones.

Garmen de PINILLOS